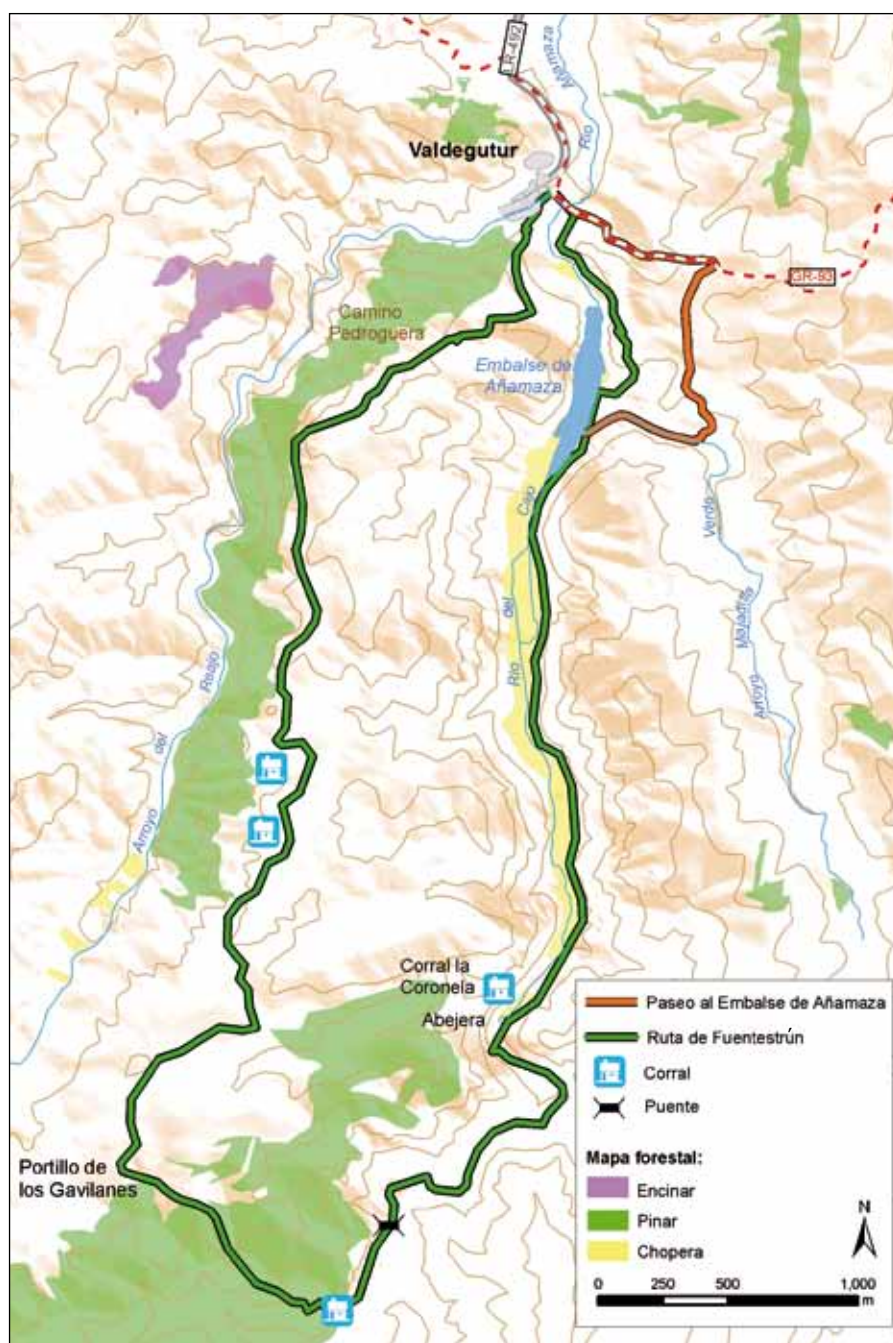


Descubrir los paisajes del río Cajo



En su descenso desde Soria hacia tierras riojanas el río Cajo, o Añamaza como también se le conoce, traza una espectacular garganta fluvial de 4 kilómetros de longitud y unos 200 metros de anchura sobre las calizas del Jurásico. Es el barranco de Fuentestrún del Cajo o, simplemente, del Cajo. Sus imponentes cortados, dotados de fisuras, cornisas y huecos, ampliados por el enraizamiento de carrascas y sabinas negras, ofrecen a multitud de rapaces uno de los sitios más atractivos de nuestra geografía para enclavar sus nidos.

Este cañón; el bello y desconocido embalse de Añamaza, donde contrastan las ancestrales plantaciones de olivares con la juventud y fuerza de las extensas choperas que crecen a orillas del pantano; y el núcleo de Valdegutur, el menos poblado de los barrios de Cervera del Río Alhama, son tres hitos en torno a los cuales giran los senderos que os proponemos en este número.

El primero de estos paseos, corto y fácil de hacer, descubrirá a más de un caminante el pantano de Añamaza, un precioso “lago” de aguas tranquilas flanqueado por las imponentes paredes rocosas del barranco. Quienes deseen adentrarse más en los secretos de este cañón, del río que lo atraviesa y de los sotobosques y la vega que lo acompañan, disfrutarán con el segundo sendero; un magnífico ejemplo de la belleza, los contrastes y los valores naturales que puede esconder un paisaje de apariencia árida y estéril.



Para los más motivados

BARRANCO DE FUENTESTRÚN DEL CAJO



Longitud: 13 km (circular).

Duración aproximada: 3h 45 min.

Total desnivel: 250 m.

Dificultad: media-baja.

Medio: a pie.

Época recomendada: primavera y otoño. Para hacer más agradable el paseo, intentar elegir días en los que no haya mucho viento.

Precaución: llevar calzado apropiado, por lo empedrado del sendero en algunos tramos.

domina el paisaje una joven repoblación de pino carrasco. La cuesta es dura pero nos compensa con unas fabulosas vistas del barranco y del valle, primero, y más adelante, de los montes de Alcarama y con Peña Isasa al fondo. Volviendo la vista hacia atrás mientras se sube, se puede ver el poderoso Moncayo, la máxima altura del Sistema Ibérico.

Al encumbrar, descubrimos multitud de pequeñas parcelas de almendro y cereal que se suceden en estas lomas altas. El camino se acaba al llegar a un cruce donde aparece otro que lo atraviesa y que cogemos hacia la derecha. Un poco más adelante, el sendero hace una curva cerrada, para seguir avanzando entre campos de cereal y restos de decenas de corrales de piedra, que nos ayudan a imaginar el bullicio que tendrían estos ahora desiertos parajes en épocas pasadas.

Descendiendo por la ladera, en unos minutos asomarán a nuestra derecha, bajo nosotros, las choperas junto a las que pasamos en la cabecera del embalse. A partir de aquí debemos estar muy atentos y nada más bajar una cuesta (junto al puesto 29 de caza) buscar una senda irregular y desdibujada que baja barranco abajo entre el matorral. En este acusado descenso debemos echar mano de nuestra intuición montañera, porque el camino no está muy marcado. Pronto nos recibirán unas preciosas vistas de Valdegutur, a donde regresaremos bordeando el farallón rocoso.

La primera parte del recorrido coincide con el anterior sendero, hasta llegar a la cabecera del embalse. Una vez allí, nos adentramos en el corazón del barranco del Cajó por el ancho camino que discurre entre la choperas y los cortados de la izquierda. El sonido del arroyo nos acompaña en nuestro paseo, seguido desde las alturas por decenas de buitres leonados, que descansan en los imponentes roquedos calizos, donde comparten “hogar” con otras especies como el alimoche, el halcón peregrino, el roquero solitario o la collalba negra.

Avanzamos por la húmeda vega en la que se suceden una tras otra esbeltas choperas, entre las que se intercalan parcelas de frutales. A nuestra derecha, bajo los riscos, de-

jamos los restos de una abejera y de unos bonitos corrales de piedra, todavía en uso. A partir de aquí, el barranco se abre, los riscos pierden verticalidad, y asoma el verde intenso de los campos de cereal que empiezan a ocupar las laderas, rodeados de carrascas.

Seis kilómetros más adelante, cruzamos el río para pasar a la otra margen y continuamos por una estrecha y verde senda que desemboca en una bucólica pradera, en la que destacan las siluetas de otro conjunto de corrales. Por la senda que los bordea iniciamos un fuerte repecho que nos conducirá, poco a poco, hasta lo alto de la trocha. La ladera norte conserva el encinar y el matorral mediterráneo primigenio, mientras que en la vertiente sur, por la que ascendemos,